

## MEMORIA

### SOBRE EL

## SERVICIO PERSONAL DE LOS INDÍJENAS I SU ABOLICION,

LEIDA EN LA SESION PÚBLICA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE,

POR EL PRESBITERO D. J. HIPÓLITO SALAS I MIEMBRO

DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA I CIENCIAS

SAGRADAS.

Cuentan que, cuando Pizarro, el Conquistador del Perú, se sintió rodeado sin pensarlo, por implacables enemigos que con el puñal en mano, venian a arrancarle el poder i la vida; i cuando escuchó en la escalera el ruido de pasos apresurados, que le quitaban toda esperanza de salvacion, de rodillas desnudó su espada, la compañera de todas sus glorias i reveses de soldado, i besó reverente la cruz que representaba la empuñadura, poniéndose despues en guardia, dispuesto a hacer empalidecer a sus adversarios, mientras pisase la tierra. Esa espada que remata en una cruz, ese hombre que ora i que combate es el simbolo de los sentimientos que resaltan en el carácter de los Españoles, sobre todo, en el de los Españoles de los siglos XVI i XVII. Relijiosos hasta el fanatismo i bravos hasta la temeridad creyeron a veces en su exaltacion, o que solo a balazos podian imponer el cristianismo i la civilizacion a los Indios, o que para conseguirlo, era necesario convertir las ciudades en conventos, i someter a los indíjenas a un réjimen monástico. La propaganda por las armas i la de la palabra son las dos formas

elementales, por decirlo así, del método de colonización que establecieron. No es posible poner en duda las ventajas de la primera sobre la segunda; pero si solo atendemos a los hechos tales como se desarrollaron en América, observaremos que aplicados aisladamente, produjeron malos resultados, i que como binándose, dieron nacimiento a esa organización social, construida sobre roca, obra verdaderamente romana por la solidez i consistencia con que se seguirá defendiendo por muchos años contra la destrucción. Las encomiendas i las misiones del Paraguai, hé aquí los argumentos que refutan la aplicación exajerada i absoluta de los dos sistemas.

Desde los primeros tiempos de la conquista, el Padre Las-Casas, lleno de horror por la sangre con que regaban el nuevo continente i por las crueldades inauditas que hacian pesar sobre el Indio, i desesperando de poderle levantar de su miseria en medio de los gritos de agonía que le arrancaban sus verdugos, fue a solicitar a las plantas del monarca un territorio, en el cual no se permitiría ninguna intervencion a la autoridad civil i militar, debiendo impedirse con impenetrables barreras toda comunicacion con las otras colonias, cuyo contacto temia como el contagio de la peste. Hombres vestidos de blanco i condecorados con una cruz roja sobre el hombro izquierdo, soldados de la paz, velarian sobre este oasis de felicidad i serian los Apóstoles de la civilización a la par que los guardianes severos, encargados de alejar a los profanos.

El proyecto importaba una demostración práctica de las ventajas que ofrecian los medios pacíficos i conciliatorios, para atraer a los indijenas al cristianismo; mas llevado al extremo de despreciar el socorro del comercio i del trato con los demás hombres, entrañaba perjudiciales consecuencias. Por eso cuando mas tarde, lo realizaron los Jesuitas en el Paraguay, una población enervada, sin vigor, que apenas se reproducía, segun aseguran, fue el fruto de una experiencia, de un sueño mejor, que se intentó con un arrojo i una confianza sin ejemplo, i que contó entónces con todos los requisitos que podian anhelar sus autores, para un buen resultado. El Paraguay es una isla en medio del continente, oculta por montañas i espesas florestas, territorio propio para formar una sociedad aislada, a la cual no perturbasen jamas los ruidos del mundo. Los Jesuitas lograron amoldar la población a sus creencias, a sus costumbres i hasta a su capricho; hicieron aun felices a los indios, estaban bien comidos i bien



vestidos; pero los hicieron felices sin libertad, i esto moralmente los mató. Asi sucedió que cuando una orden del Rei les arrebató a sus Padres, no se movieron siquiera, i contemplaron asombrados, sin oponer resistencia la guardia que habia reemplazado a los discípulos de Loyola.

La colonizacion que tenia por base la conquista era mucho mas sangrienta, mas funesta i mas dolorosa para los Americanos, pues establecia dos razas, una de opresores i otra de venidos sobre quienes se hacia cargar un yugo mui pesado. Traia consigo las encomiendas, las mitas i todos los horrores del servicio personal. De este modo perdian los Españoles lo que realza su obra, ese mérito de haber injertado un pueblo en otro, que constituye su orijinalidad. El viajero que visita a New-York o a Boston no encuentra entre sus numerosos habitantes, una sola fisonomia que lleve el sello de la raza roja, mui al contrario de lo que se verifica en la América Española, en donde la masa de la poblacion siente correr por sus venas la sangre india. Si el sistema de conquista no se hubiese modificado, procurando fundir en un solo cuerpo con auxilio de la predicacion a los conquistadores i a los conquistados, no habria sucedido asi.

El misionero i el soldado son pues los dos obreros que han creado la sociedad colonial. No siempre trabajaron unidos, i aun con frecuencia, sus encontradas pretensiones les hicieron luchar a brazo partido. A principios del siglo XVII un combate semejante se empeñó en Chile entre los Jesuitas, capitaneados por los padres Torres i Valdivia, que habian escrito en su bandera: *abajo las encomiendas, paz con los Indios*, i los encomenderos i militares que sostenian el servicio personal i el orden de cosas establecido. Este episodio de la historia nacional forma el asunto de la *Memoria sobre el servicio personal de los indijenais i su abolicion*, leida este año por el Sr. Presbitero don José Hipólito Salas, en la sesion solemne de la Universidad, obra que corresponde a la alta i merecida reputacion de que goza su autor.

Principia la Memoria por dibujar un cuadro, con colores demasiado sombríos tal vez, de los padecimientos que soportaban los Indios, tratados por los unos como las *requis* de sus haciendas. En seguida, enumera los obstáculos con que tenian que batallar, los que habian tomado a su cargo la defensa de los oprimidos. Arrastrado sin duda por el entusiasmo que le inspiran Torres i Valdivia, el Señor Salas ha multiplicado, a mi entender, el

número de adversarios que les resistían. Convengo en que el *interés individual* de los propietarios chilenos, que se aprovechaban del sudor del indijena, i las *ideas dominantes de la época*, sobre el sistema de conquista oponían a sus proyectos «un muro de bronce que debía demolerse hasta sus cimientos para plantar sobre sus ruinas el árbol de la libertad, de la paz, i de la civilización de los hijos de Chile»; pero, por robusto que hubiese sido el brazo de los demolidores, difícilmente habrían cumplido esa dura tarea, si el Rei i su Concejo no los hubiesen sostenido. En muchos pasajes de la Memoria, se citan leyes i reales cédulas que denuncian los abusos e intentan remediarlos: es cierto que estas disposiciones no siempre se cumplen i que a veces se anulan por otras: sin embargo, este hecho prueba que existían en la corte española simpatías por los Indios. simpatías que se hermanaban muy bien con el *interés de la corona*. No le convenía en verdad que dominasen en las colonias grandes señores que dispusiesen a su antojo de un ejército de *esclavos*, porque entonces con la conciencia de su poder, habrían tratado al monarca con excesiva altanería i el dominio de este sobre tan lejanas posesiones habria sido ilusorio.

¿Cómo si la corte española no dirigía sus miras a la abolición de las encomiendas, consintió en establecer en Santiago una real audiencia, «para remediar las vejaciones i servidumbre de los Indios», según las palabras de Lózano, citadas por el Señor Salas? Cómo apoyó con tanto empeño todas las medidas del Padre Valdivia, a pesar de las reclamaciones del Cabildo i del Capitan Jeneral, hechos que se encuentran consignados en la Memoria? Si tal no hubiese sido la política de la Metrópoli, no es un absurdo suponer que un solo hombre fuese a engañar a tantos otros? El Jesuita fué apoyado en su misión, fué en cierto modo un agente animoso i lleno de celo por su causa, que corría riesgos al realizar la *conquista pacífica* que concibió; pero qué desde el otro lado del mar, se encontraba sostenido por una mano poderosa. El señor Salas dice: «en un corto espacio de tiempo, mas de treinta mil Indios que a la llegada de los Españoles poblaban aquellas comarcas (habla de las provincias de Cuyo i de San Luis), quedaron reducidos a ocho mil, merced al vandalismo de los encomenderos i conquistadores». Siendo tal la mortandad de indijenas i destruyéndose con igual rapidez en los otros puntos de Chile, luego que estos desastres llegasen a oídos de los Concejeros de la corona, la cuestión para ellos, cuyo principal



pensamiento era estraer oro del nuevo continente, se reducía a un problema de Aritmética i de los mas sencillos. Muriéndose los tributarios, cesaba el pago del tributo; por lo tanto se hallaban en la necesidad de mirar por la conservacion de los naturales. Asi como los pueblos dirijen su conducta por motivos de utilidad inmediata, i no abundan mucho que digamos los políticos de ojo tan penetrante que vean mas allá de dos siglos, aun cuando me demostrasen que los proyectos de Valdivia les iban a ser perjudiciales en una época lejana, cosa que no estoi dispuesto a creer, eso no estorbaba para que la España por un interes del momento, auxiliase a los misioneros. Tan cierta es esta opinion, que he aquí un pasaje de una carta del mismo Padre Torres, testimonio que el ilustre autor de la Memoria no me recusará, que viene en mi apoyo: «aunque nos quisieramos atrever a las conciencias, o en callar o en ayudar, a que no tuviera efecto (la abolicion del servicio personal) no salieramos con ello, por ser orden tan apretada de su Majestad, i dado tantas veces, i habiendo oido las contradicciones i réplicas.»

Para discutir mas a fondo estas ideas, voi a fijarme en el argumento mas poderoso del señor Salas, argumento que a primera vista deslumbra, pero que cuando uno lo penetra bien, no le concede el alcance que antes de esto parecia tener. El sistema de conquista, segun el autor de la Memoria, importa la usurpacion de la tierra i la esclavitud de las personas; anular esta última es por consiguiente romper los eslabones que componen la mitad de la cadena. Al Rei no le convenia la abolicion del servicio personal, pues esta medida le arrastraba a perder un mundo.

¿Es verdadero este raciocinio? No, porque solo se trataba de reemplazar una esclavitud material por una esclavitud moral, de manera que si antes el Español para justificar sus pretendidos derechos, llevaba la mano a la empuñadura de su espada, ahora la alzaba al cielo e invocaba a Dios. Arrancándose a los indijenás de su triste condicion, se les enseñaba como dogma (i no lo critico, porque tales eran las opiniones de la época) que el Rei habia recibido su autoridad de mui alto i que era una impiedad, un crimen desconocerla. En las cartas, en los discursos que les dirijian, despues de Dios, se nombraba siempre al Monarca, como un ser mui poderoso i mui terrible, ilusion que favorecia la distancia. «El poder que no está radicado en la conciencia, oprime; pero no domina. Su fuerza misma acumula los elemen-

tos que mas tarde deben dar en tierra con él» (1). Si la España no hubiese reemplazado por una dominacion moral, fundada en las creencias, la ocupacion militar con que sujetaba la América, no habria tenido soldados para imponer la lei a todo un continente. Bajo este aspecto, la abolicion de las encomiendas no es un antecedente de la independencía, sino todo lo contrario, puesto que permitió encadenar las almas con doctrinas, ya que con las bayonetas no se podia mantener sometidos a los cuerpos. Sin embargo, es imposible negar que indirectamente influyó en tan gran acontecimiento, igualando los intereses de los Chilenos, los cuales, no formando mas que una raza, el dia en que por efecto del movimiento filosófico del siglo XVIII penetró en su cabeza la duda sobre los derechos de la corona, se encontraron por lo jeneral unidos i alistados bajo las mismas banderas. Pero, lo repito, no es mas que una causa indirecta a que no doi toda la importancia que le concede el señor Salas.

El deseo de justificar todas sus acersiones ha movido al autor a intercalar en su escrito numerosas citas, que embarazan la narracion. Me parece tambien que los lectores, mirando por su recreo, habrian pedido mas pormenores en los dos últimos capítulos. Esa preciosa carta del Padre Valdivia que describe con tan brillantes matices un parlamento araucano, i cuya publicacion deben agradecer las jentes ilustradas, suministra una prueba de lo que agrada la historia que abunda en detalles pintorescos.

El señor Salas, uno de los mas elocuentes oradores que honran el púlpito chileno, ha conservado en su obra el estilo del templo. En la pompa i colorido de su frase hai algo de la manera del con razon célebre Balmes. Pero su lenguaje, sonoro como un órgano, está a veces mui cargado de perifrasis, i no usando mas que de palabras aristocráticas, tiene un sabor demasiado académico.

En fin, la Memoria sobre el servicio personal i su abolicion forma juego con las anteriores: es otra piedra mas para el edificio de la istoria de Chile, que, contando con semejantes trabajos, llegará a ser un monumento digno de nuestra patria.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.